

CIUDAD, DIMENSIÓN VERTICAL Y SÍMBOLO

Cristián Pérez Villarroel*

RESUMEN

La construcción de una *ciudad vertical* es un tema recurrente en la arquitectura, por cuanto representa un arquetipo de la civilización, como queda registrado en innumerables mitos de los pueblos antiguos del Oriente y Occidente. Desde Babel hasta la utopía urbana o la ciudad contemporánea, el elemento simbólico está presente en este espacio cultural. En el presente trabajo se reflexiona en torno a la ciudad, su dimensión simbólica y su dimensión vertical.

Palabras clave: ciudad, símbolo, círculo y cruz, utopía, verticalidad

THE CITY, VERTICAL DIMENSION AND SYMBOL

ABSTRACT

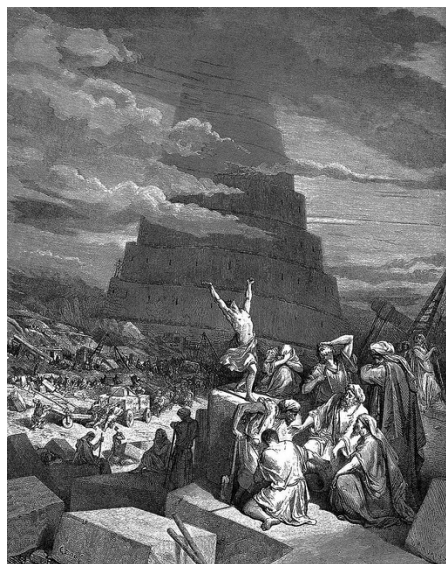
The construction of a *vertical city* is a recurrent theme in architecture, since it represents an archetype of civilisation, as recorded in innumerable myths of ancient Eastern and Western peoples. From Babel to the urban utopia or the contemporary city, the symbolic element is present in this cultural space. This paper is a reflection on the city, its symbolic dimension and its vertical dimension.

Keywords: city, symbol, circle and cross, utopia, verticality.

Recibido: 17 de septiembre de 2012

Aceptado: 26 de septiembre de 2012

* Arquitecto (PUC). Doctor (C) Arquitectura, ETSAB, Universitat Politècnica de Catalunya. Escuela de Arquitectura Universidad Mayor. cperezv67@gmail.com



Gustav Dore, *La confusión de las lenguas*.

Entonces se dijeron unos a otros, Construyamos una ciudad con una torre que llegue hasta el cielo, así nos haremos famosos y no andaremos desparramados por el mundo. (Génesis, 11,2-4).

INTRODUCCIÓN

¿Es posible establecer una relación entre ciudades tan distantes en la geografía y el tiempo como Nueva York, Mohenjo Daro, Chandigarh, Brasilia o Santiago de Chile? Creemos que sí. En esta breve reflexión queremos indagar, en una mirada panorámica, sobre la ciudad como un hecho que viaja en el tiempo y a la vez se repite con porfía de civilización en civilización, con estructuras que son permanentes, invisibles acaso, pero que se expresan mediante una lectura atenta de la fisiognómica de la traza y los edificios que la componen.

1. LA CIUDAD VERTICAL

*Y tú, ciudad de Capernaum
que hasta los cielos eres levantada,
hasta el Hades serás abatida (Lucas 10,15).*

Aventuramos afirmar que la construcción de una *ciudad vertical* es un tema recurrente en la arquitectura porque representa un arquetipo de la civilización, como queda registrado en innumerables mitos de los pueblos antiguos del Oriente y Occidente. La construcción de la Torre de Babel y su confusión de lenguas expresa el anhelo de los hombres de levantar una ciudad que llegue hasta el cielo, una ciudad infinita, que iguale al hombre a la divinidad en su potencia creadora. En el principio, arquitectura, ciudad y religión no eran conceptos disociados; con frecuencia, los sacerdotes eran los mismos constructores de la ciudad y sus monumentos. Sin embargo, la secularización del mundo contemporáneo trajo la ruptura entre estos conceptos y despojó a nuestra disciplina de todo el carácter trascendente que pudo exhibir en épocas no tan remotas. El psicoanálisis ha puesto en discusión para el hombre actual las historias sagradas de las antiguas civilizaciones y para Eliade (1955) "Hoy comprendemos

algo que en el siglo XIX ni siquiera podía presentirse: que símbolo, mito, imagen, pertenecen a la sustancia de la vida espiritual, que pueden camuflarse, mutilarse, pero jamás extirparse” (Eliade, 1984: 11).

En el mundo moderno, el surrealismo, las experiencias poéticas, los viajes iniciáticos y el interés del grueso público ha restaurado el carácter del símbolo como instrumento de conocimiento. Señalar el contenido simbólico que subyace en el concepto de ciudad vertical aclara el interés del tema. Precisaremos el concepto *símbolo* para resolver su vinculación con *la ciudad y la dimensión vertical*. Para Jung (1964), un símbolo es un “término, un nombre, o aún una pintura que representa algo desconocido u oculto para nosotros” (Jung, 1995: 17). Así, una imagen es simbólica si representa algo más que su significado inmediato y obvio. Tiene un aspecto inconsciente más amplio. El instante en que “la mente explora, el símbolo, se ve llevada a ideas más allá del alcance de la razón” (Ibid: 18).

Los símbolos son requeridos para comprender los fenómenos que no acabamos de dilucidar en su completitud: “Los símbolos son intentos naturales para reconciliar los opuestos dentro de la psique” (Ibid: 97). Definimos el concepto de *símbolo* para designar una imagen o palabra que denota *múltiples significados* posibles. Creemos que en esta condición radica la fuerza y universalidad de los símbolos. Esto es lo diferente al concepto *signo* o que es un término u objeto, que designa *un único significado*.

En la vida diaria encontramos abundantes ejemplos de esto. La figura del *círculo rojo* se usa indistintamente como *signo de tránsito* (pare), que indica una orden de detener el vehículo frente a un cruce peligroso. El mismo *círculo rojo* lo utiliza la publicidad como *símbolo*. Los recientes avisos de la Coca-Cola, cuyo logo protagónico es *la tapa de la botella que gira y gira*, nos remonta con la imagen a un tiempo-espacio mejor, de vida fácil, de universalidad, de satisfacción inmediata. Nos remonta a un tiempo - primero y a la vez futuro. El círculo rojo sobre blanco es la bandera de Japón, un país tecnológicamente muy avanzado en el planeta, la imagen del círculo rojo, el sol naciente, se asocia inconscientemente a un mundo colmado de bienestar.



Figura 1: Logotipo de Coca Cola y bandera de Japón

Hasta el momento definimos la importancia y significado de los símbolos. Definiremos ahora la idea de *ciudad y dimensión vertical*. “Cada ser histórico lleva en sí mismo gran parte

de la humanidad anterior a la historia” (Eliade, 1984: 12). En efecto, en la memoria colectiva queda registrado el millón o millones de años de evolución humana, desde el homínido hasta el hombre actual. El proceso ha sido lento, desde cazadores-recolectores a pastores-nómadas hasta el estadio de hombre-agricultor-sedentario. Se establece arbitrariamente la aparición de la civilización y la historia con el invento de la escritura, pero esta afirmación es sesgada. La historia y la civilización surgen con el asentamiento del hombre en ciudades. Asociamos inconscientemente la idea de civilización a la imagen de ciudad en cuanto esta significa una radical separación entre el mundo natural y el mundo artificial, que es lo propiamente humano. Es una separación de aguas y tierra, del caos y el orden, entre el mundo gobernado por los instintos y el mundo gobernado por la razón. La ciudad significa

un cambio en el sistema de valores definido por la satisfacción inmediata a la satisfacción retardada, placer, a restricción del placer, fatiga, al gozo, receptividad a productividad, ausencia de represión a seguridad. *Es la transformación del principio del placer en el principio de la realidad*” (Marcuse, 1983: 28).

Para las sociedades arcaicas tradicionales, el espacio de la ciudad simboliza la civilización (el hombre) frente a lo salvaje y sin medida (la naturaleza). La ciudad es el espacio habitado y organizado en un microcosmos; más allá de los límites está el territorio poblado por “los demonios, las larvas, los muertos, los extranjeros” (Eliade, 1984: 42), en otras palabras, el caos, la muerte, la noche. Las primeras defensas de la ciudad tuvieron un carácter mágico, pues “Incluso muy tarde, en la Edad Media (Fig. 2) los muros de las ciudades se consagraban ritualmente como una defensa contra el demonio, la enfermedad y la muerte” (Ibid.).

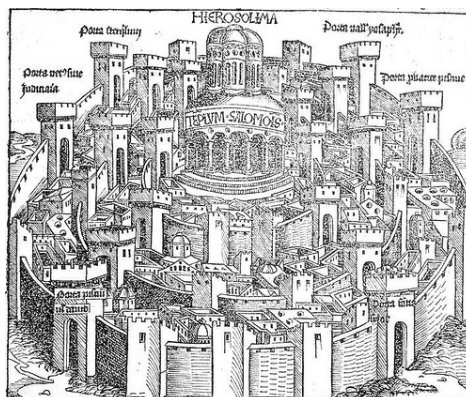


Fig. 2. La ciudad medieval con sus muros consagrados y, al medio, el centro mágico.

Es posible, en este sentido, pensar que el trazado en forma de cruz o el trazado en forma circular de las primeras configuraciones urbanas¹ obedece a consideraciones simbólicas además de razones económico-prácticas. Si examinamos la historia de cualquier ciudad en un lapso de 500 años, por ejemplo, y nos detenemos en el cambio experimentado por el trazado inicial denotaremos la “*Ley de permanencia del trazado*”, definida por el urbanista

¹ En términos generales, se han tomado como referencias en este capítulo respecto de la historia del urbanismo a Chueca Goitia (1968) y Kingsley (1967).

francés Pierre Lavedan²: una vez trazada, la ciudad permanecerá en el tiempo hasta el fin de la misma, lo cual se observa en las ciudades romanas trasmutadas en ciudades medievales, en toda las trazas de la ciudad hispanoamericana, en Brasilia y en Chandigarth, lo que subraya la importancia del gesto inicial, vinculado a ritos religiosos o mágicos. Suponer la figura de una ciudad como fruto de la pura casualidad o meras razones prácticas sería un grueso error.

La ciudad es un hecho relativamente reciente en la evolución de la especie humana; los símbolos del *círculo* y la *cruz* son muy anteriores a la civilización. El círculo ras de Stonehenge (Fig. 3) como asimismo con la mayor superficie posible de cercar con la menor cantidad de material, herencia de lo pastoril y nómada, simboliza la totalidad de la psique en todos los aspectos, incluida la relación entre el hombre y el concepto de la naturaleza. Toda ciudad de planta circular “se convierte en símbolo de completamiento psíquico y ejerce una influencia específica en el ser humano que entra y vive en ellos” (Jung, 1995: 73); la cruz, que se vincula a las posibilidades del arado, simboliza la necesidad humana de orientación psíquica y señala una indispensable toma de posición antes de comenzar una obra creadora (Ibid). La potencia de ambas figuras la han reconocido las actuales religiones universales. Impensable es el cristianismo sin la imagen de la cruz, en el Occidente, o el hinduismo y el taoísmo sin el círculo (*mandala*) (Fig. 4 y 5) en el Oriente.

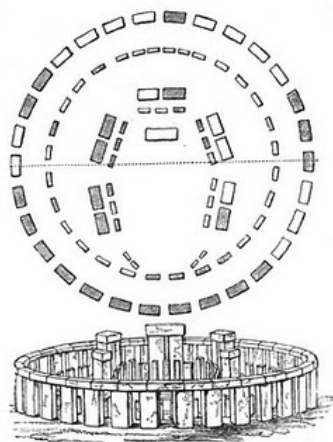


Fig.3. Stonehenge: el círculo y lo sagrado

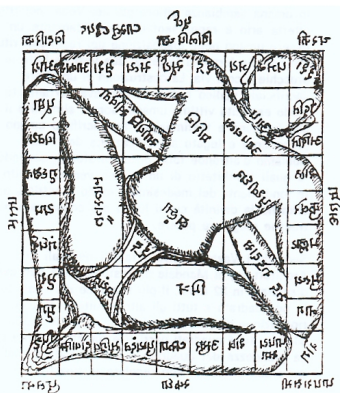


Fig. 4. Mandala Vasto-purusa ('residencia del espíritu del lugar') en la teoría urbanística india, el centro es asignado a Brahma, el punto principal de la ciudad: el centro y el círculo.



Fig. 5. Mandala que incluye el trazado de un templo.

² 1885-1982. En 1942 fue nombrado director del Institut d'urbanisme de Paris y director de la revista *La Vie Urbaine*, fundada en 1919.

En este siglo, sin embargo, la cruz no solo ha sido la imagen de Cristo, sino que también fue el primer gesto de la capital del Brasil, construida en 1950. Se trata de una cruz escrita en la tierra, como expresaron sus diseñadores Lucio Costa y Oscar Niemayer (Fig. 6), legando a una ciudad moderna un símbolo permanente en la memoria de la humanidad: “El lenguaje de la cruz no deja de ser locura para los que se pierden, en cambio para los que somos salvados es poder de Dios” (Corintios 1.18). Este gesto lo hallamos también en Chandigarh³, porque Le Corbusier (Fig. 7), de herencia calvinista, lo impronta en su mayor obra que es el trazado de la ciudad en el Punjab. Recurre también a los símbolos para configurar su obra, no solo la evidente cruz en el trazado, sino la planta de la asamblea rodeada por el muro cuadrado del edificio principal de la ciudad.

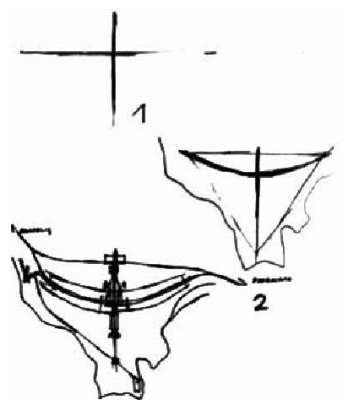


Fig. 6. Primeros trazos de la ciudad de Brasilia: la cruz.

El círculo y la cruz contienen en su construcción geométrica un punto único, el centro, situado en la equidistancia de los límites de las figuras. Los constructores de las ciudades con este tipo de trazado otorgaban un carácter sagrado a este lugar. La casi totalidad de las primeras culturas que aparecieron organizando la tierra conocieron la concepción de los tres lugares cósmicos: *el cielo, la tierra, el infierno*. El centro constituye un punto de intersección de estos lugares: “Aquí es donde resulta posible una ruptura de nivel y, al mismo tiempo, una comunicación entre las tres regiones” (Eliade, 1984: 43). La imagen de tres regiones comunicadas por un eje que intercepta el centro (de la ciudad y del mundo) nos remite a la existencia de la dimensión vertical entendida como mágica, mítica o sagrada, por ejemplo, el nombre de la bíblica ciudad de Babilonia es la traducción griega de la palabra aramea y hebrea *Babel*, posiblemente derivada de *Balal*, que significa ‘confundir’, aunque parece derivar del acadio o sumerio *babili(m)*, que significa ‘puerta de dioses’ o ‘lazo entre el cielo y la tierra’.

³ Ciudad de la India que sirve de capital a los estados de Punjab y Haryana, cuyo primer arquitecto fue Le Corbusier.

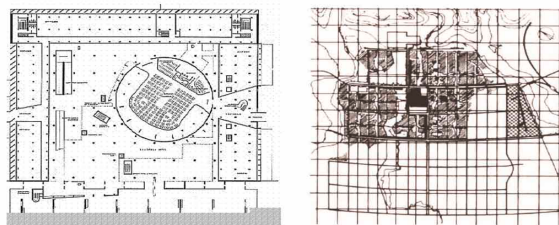


Fig. 7. Croquis de la ciudad de Chandigarh y el edificio de la Asamblea: la cruz y el círculo.

El centro también se configura como una puerta a otra realidad, habitada por los dioses, los demonios y las almas de los antepasados, el infierno, el interior de la tierra, el lugar desde donde viene y van los antepasados, los gigantes. Para los romanos, siguiendo un rito iniciático etrusco, la fundación de la ciudad se hacía desde un punto, el centro, el *mundus*, que establecía la relación de la ciudad con el otro reino, con la mansión de los espíritus ancestrales (Jung, 1995). Desde el centro se trazaban dos calles, el *cardo máximo* (norte-sur) y el *decúmano* (este-oeste) en dirección a los cuatro puntos cardinales. La planta de la ciudad de fundación militar romana era una cruz, símbolo que los españoles impusieron en todas las ciudades americanas, hecho inalterado hasta nuestros días en Santiago de Chile, Santo Domingo o Buenos Aires.

La unicidad del centro de la ciudad se reconocía polarmente por su carácter lleno o vacío. Se construía su centro o su borde. Cuando una civilización decidía la construcción del centro, el lugar sagrado, toda la energía de aquella cultura se concentraba en esta labor; lo que se efectuaba, en verdad, era la edificación del eje entre el cielo y el infierno. Del subsuelo se levantaba la puerta hacia el "otro" mundo. En una reducción, lo que se construía era *la dimensión vertical*. Indicios de este fenómeno son los menhires del neolítico o las piedras alzadas en planta circular de Stonehenge, las pirámides de Egipto, los zigurat⁴ babilónicos, las catedrales góticas del medioevo, las actuales torres de la banca o el comercio. Para sintetizar, diremos que la ciudad es, simbólicamente, un microcosmos ordenado y medido, que contiene un centro que es conexión y puerta con un lugar donde transcurre el tiempo sagrado, el cielo, el infierno. La operación se realiza mediante la voluntad de separar un fragmento de tierra y

⁴ Templos de la antigua Mesopotamia con forma de pirámide escalonada.

limitarlo con configuraciones simbólicas, una cruz o un círculo que contiene un centro que se construye con la dimensión vertical.

El proceso de atomización de la sociedad contemporánea se traduce en la pérdida de fe de los valores y creencias colectivas. Por ejemplo, en Occidente el ascendiente de la Iglesia es un sombra del poder que tuvo en otras épocas. La terrible sentencia del Zarathustra de Fiedericich Nietzsche (1883) -Dios ha muerto⁵- ha socavado profundamente la cultura occidental del último siglo. El centro de las ciudades dejó de ser sagrado: en el día es el territorio de las instituciones seculares, el gobierno, la banca, el comercio; en la noche, es el territorio de los marginales, de los ambulantes, las prostitutas y los vagos. Sin embargo, en el proceso de individualización del hombre, el centro y su simbolismo ha pervivido: ha sido conquistado por las grandes corporaciones que compiten en alcanzar la mayor altura para que ese centro mágico sea capturado por la voluntad de levantar las inmensas torres de la industria.

A la luz de este hecho, es posible interpretar las dos citas bíblicas que encabezan este capítulo. La condena de la Torre de Babel por Yahvé y de la Ciudad de Cafarnaúm por el Cristo son sentencias para el hombre que ha perdido, desplazado y multiplicado el único centro divino a lo secular y, por consiguiente, la posibilidad de comunión con el mundo del más allá, del cielo, del infierno. La cita de Mateo, que es la condena de Cristo a una ciudad, o la imagen de la Torre de Babel devastada, sin duda, nos remite a los primeros años del siglo XXI, cuando dos aviones se estrellaron contra dos torres en la ciudad de Nueva York (Fig. 8); dos aviones cuyo objetivo no era destruir las estructuras de hierro y cristal, sino el símbolo del centro, la dimensión vertical mágica. La destrucción y clausura del vínculo de la ciudad con lo divino del cielo y lo ancestral del subsuelo. Quienes perpetraron esa acción no podían ignorar este hecho. Aquí radica lo medular de la idea: toda ciudad tiene un centro mágico, sagrado. Lo sabían los conquistadores de América que fundaron con el sacerdote a la diestra; lo sabían los antiguos habitantes de Mohenjo Daro (Fig. 9 y 10), cuya traza acusa la idea de centro; lo sabían Le Corbusier y Lucio Costa al trazar la cruz en el Punjab y el Planalto brasileño. Nosotros también lo sabemos al leer los signos en la ciudad.



Fig. 8 Nueva York, 11 de Septiembre de 2001.

⁵ Concepto de 1882 y que aparece en *La Gaia Ciencia*, sección 125.

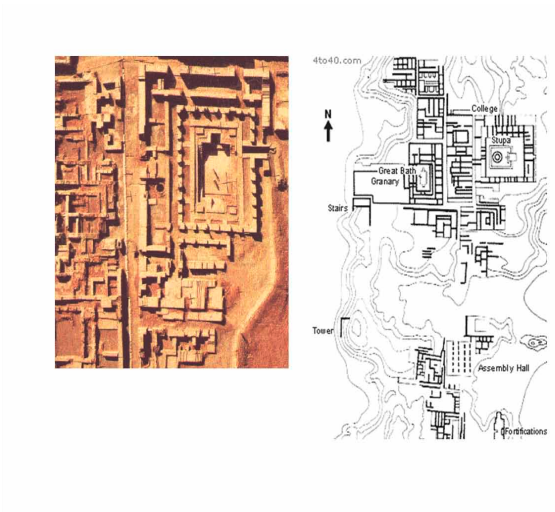


Fig. 9 y 10. El trazado y la cruz. Mohenjo Daro, ciudad de la cultura del valle del Indo (actual Pakistán). Fue habitada entre 2.600 a.C. y el 1.800 a.C. a orillas del río Indo.

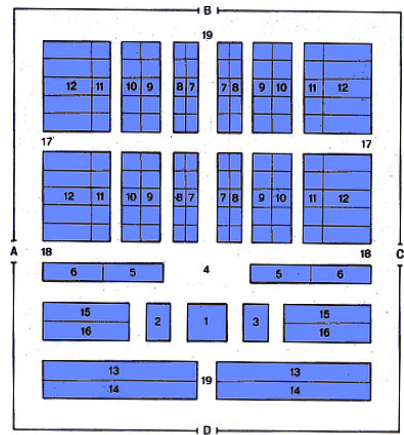


Fig. 11. El Castrum Romano: la Cruz y el Mundus.

2. MITO Y UTOPIA URBANA

La inmediatez con que se plantea el mundo profesional redujo el papel de los arquitectos al de meros hacedores. Incapaces de efectuar propuestas globales, quedaron reducidos a los estrictos límites de los predios donde se emplazan los proyectos. Así como en la vida, los nietos recogen el legado de los abuelos que rechazaron sus padres, volver la mirada a algu-



Fig. 12. Palacio de Asambleas, Chandigarh, India.

nos aspectos del movimiento moderno resuelve el enervante eclecticismo de la arquitectura contemporánea. Los proyectos ideales de ciudad generados por el movimiento moderno son tentativas de pensar el mundo como un todo. Lo que hicieron Le Corbusier en Chandigarh (Fig. 12), Lucio Costa en Brasilia, Sant'Elia (Fig. 13), Soleri en sus dibujos (Fig. 14), Hilbers-aimer (Fig. 15) fue continuar una línea de pensamiento que se origina en los textos de Vitruvio y que se desarrollan en el Renacimiento. No se proponían resolver problemas inmediatos de las ciudades en las cuales les tocó vivir, sino que proyectaron en sus *utopías urbanas* anhelos permanentes de la humanidad, arquetipos que emanan de los antiguos mitos contenidos en las historias sagradas.

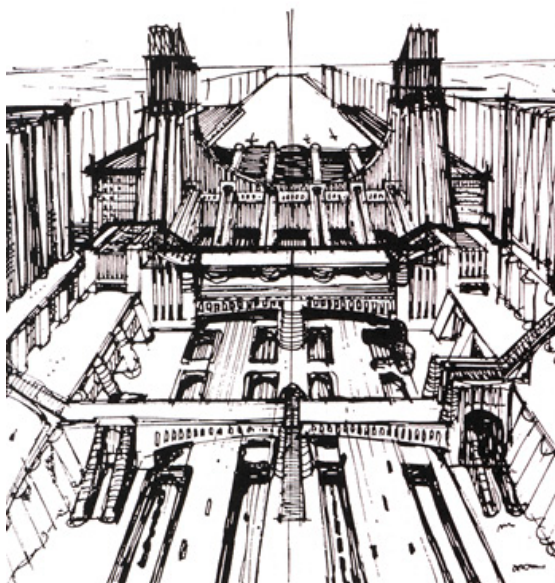


Fig. 13. Estación Città Nuova, Antonio Sant'Elia.

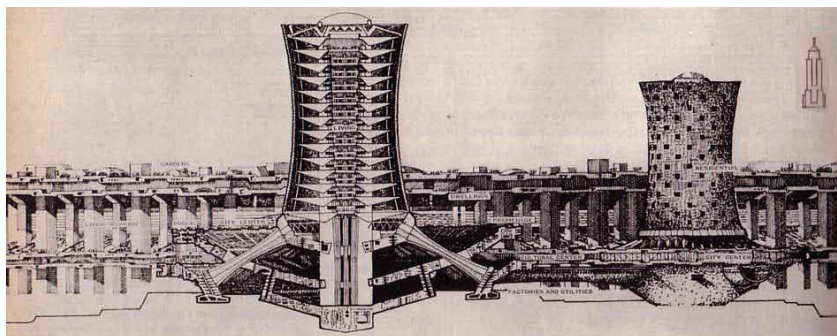


Fig. 14. Babelia de Paolo Soleri.

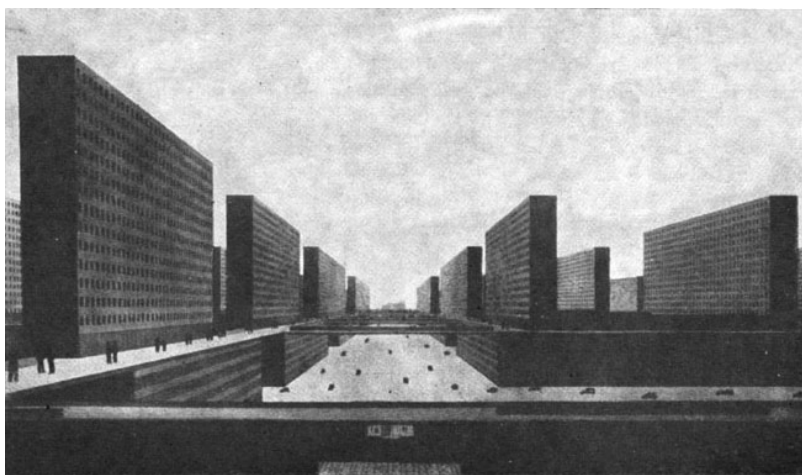


Fig. 15. Ciudad ideal de Hilbersaimer.

Los mitos son creaciones espirituales de la humanidad arcaica, historias que refieren acontecimientos que sucedieron “en el principio”, en un tiempo sagrado, colectivo, indiferenciado, distinto del tiempo cotidiano, profano e individual. En las sociedades tradicionales los mitos no se pueden contar en cualquier lugar o momento, porque narrarlos implica “proyectar al auditorio sobre un plano sobrehumano y sobrehistórico, el acercamiento a una realidad imposible de alcanzar sobre el plano de la existencia individual profana” (Eliade, 1995: 66). La liturgia cristiana reconoce, de hecho, el modo mítico de narrar; al momento de bendecir la hostia circular y el vino en un cáliz, o el líquido que adopta la forma de la semiesfera (ambos son simbolismos del centro como viéramos en el capítulo anterior), nos remite al instante sagrado que precede a la pasión y resurrección del Mesías, la última cena del Cristo.

La *utopía* (*eu-topos* ‘lugar que no existe’) define un territorio inexistente y perfecto que no se puede cambiar. Es la fuerza de la utopía la que transforma, no la inventiva del hombre. De este modo, es posible entender a las ciudades ideales, las utopías urbanas, como una fuente

de cambio y mantención de la ciudad, reflejo de una moral colectiva. La muerte de la utopía es la muerte de la civilización, que es la definitiva desaparición de la ciudad. Las ciudades históricas son intentos de construir, la ciudad ideal, la utopía. El modelo será siempre inferior al paradigma. El vínculo entre mito y utopía urbana en nuestra tradición judeo-cristiana lo hallamos en la historia de la Torre de Babel, que relata el proceso de construcción de la utopía, una historia de derrumbes, de incapacidad de esfuerzos vanos; representa la imposibilidad de construir la utopía en la tierra. Babel es también un instante de confusión, porque en las múltiples posibilidades simbólicas del arquetipo refiere la pérdida de un único centro, el verdadero camino hacia el territorio sagrado (“Yo soy el camino a la verdad y a la vida”, señala Cristo); Babel es Babilonia, Bab Apsú, puerta del Cielo. Una gruesa lectura de la secuencia de la utopía, desde las ciudades ideales del Renacimiento, hasta la imagen de L.A. expresada en el filme *Blade Runner* en la década de 1980, permite establecer dos leyes: la *Ley del Centro*: la totalidad de ellas expresan la idea de un lugar limitado con un centro definido por la geometría y/o la altura; donde está el centro descubrimos el espíritu de la época. La *Ley de la Progresiva Verticalidad* alude a que las utopías evolucionan de la ciudad bidimensional a la ciudad tridimensional.

La altura cobra vigor en el transcurso histórico de la utopía⁶. Las ciudades ideales del Renacimiento se aproximan más a trazados geométricos abstractos que a ciudades habitadas; es en la propuesta ideal urbana de Leonardo (tres niveles de circulación: el barco, el carro, el peatón), donde se inicia el proceso de verticalización de la utopía. La villa radiante de Le Corbusier, la ciudad futurista de Antonio San Elia, tardíamente Arcosanti, de Paolo Soleri culminan este proceso. Pero es en el cine por su capacidad de comunicación (ritual contemporáneo por excelencia), donde las imágenes de la utopía recuperan el tiempo mítico; el grueso público vuelve a ver y oír la historia de Babel transfigurada en Metrópolis de Fritz Lang (1930) o *Blade Runner* de Ridley Scott (1982). Todo intento de realización de una ciudad ideal es una tentativa de aproximación a la utopía, un proyectarse a un tiempo mítico, el instante de la construcción de un centro puerta y puente vertical entre la tierra y los “otros mundos”.



Fig. 16. La ciudad en *Blade Runner* (1982).

⁶ En el lenguaje corriente, “utopía” suele entenderse como sinónimo de “sueño”; no es casual esta relación, pues las utopías se refieren a símbolos y los sueños. Sabemos a través de Carl Jung que son representaciones simbólicas efectuadas por nuestro inconsciente.

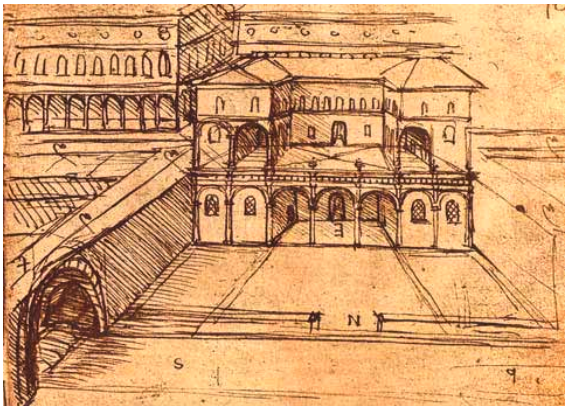


Fig. 17. Ciudad ideal de Milán, Leonardo da Vinci.

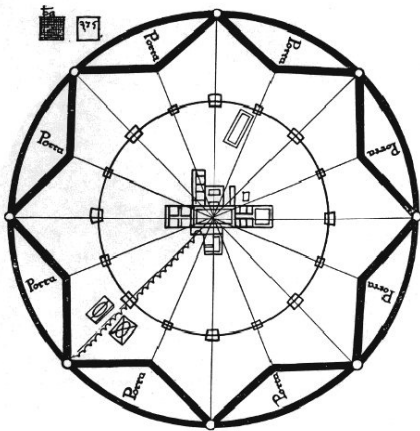


Fig. 18. Ciudad ideal, Sforzinda de Filarete, 1457.



Fig. 19. Pintura de Giorgio de Chirico: Place avec Ariane, 1913.



Fig. 20. Metrópolis de Fritz Lang.



Fig. 21. New York, Yona Friedmann.

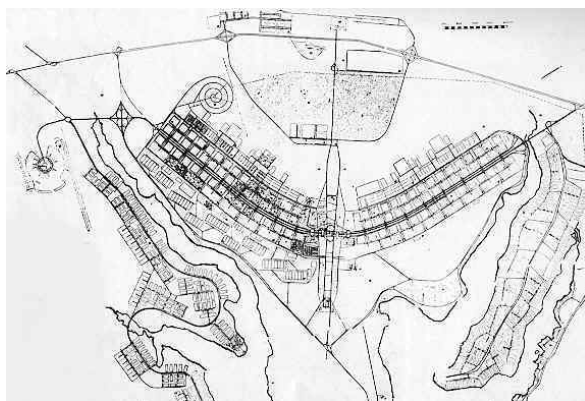


Fig. 22. Planta de Brasília, Lucio Costa.

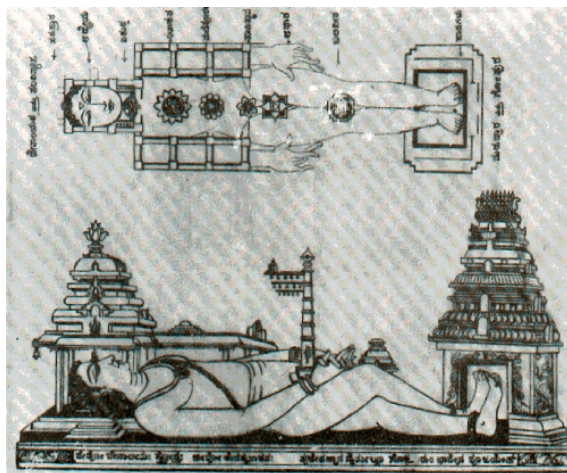


Fig. 23. Instrucciones para la planta de un templo. India.

3. LA CIUDAD CONTEMPORÁNEA

El fenómeno urbano se extiende por la faz de la tierra con vertiginosa velocidad. Las ciudades crecen desde sus periferias y se extienden horizontalmente, ocupando suelos que antes fueron áreas de cultivo productivas. Extrapolando, podemos suponer que en algunos años más una ciudad global cubrirá toda la superficie del planeta, pues la conurbación norteamericana entre Boston y Miami, la brasileña entre Río y São Paulo, o la progresiva urbanización de la carretera Panamericana en Chile, son signos que demuestran lo nada imposible de tal suposición, donde la polaridad campo/ciudad desaparecería. La extensión definitiva de una ciudad contaminada, carente de identidad visual, sin un lenguaje comprensible de los espacios urbanos (Lynch, 1965: 245) y sin escapatoria, nos atemoriza, nos parece una visión de pesadilla. Santiago, en pocos años, ha dejado de ser una ciudad de lecho de río para tornarse una ciudad de fondo de valle. La urbe ha cubierto la casi totalidad del valle del Mapocho y en los próximos años se prevé su crecimiento hasta los márgenes del río Maipo, como ocurre con la comuna de Puente Alto. Santiago parece, en menor escala, un reflejo de la ciudad sin salida.

El proceso de extensión de la ciudad va apareado a la progresiva pérdida de la calle como comunicadora. Esta función se realiza en espacios herméticos en la ciudad contemporánea. La radio, el teléfono-fax, la televisión y la informática, en su desarrollo, han restado funciones milenarias al espacio de la calle, restando significación a la ciudad. Este hecho es especialmente devastador en ciudades de clima mediterráneo como Santiago. El modo de detener este proceso es densificar las actuales ciudades mediante la edificación de viviendas en altura y dotar a la calle de mayores grados de significación. Este camino supone un me-

joramiento del sistema de circulación y transporte, pensar una compleja tipología de calles adecuadas para vehículos y peatones.

CONCLUSIÓN

Crear una ciudad significa visibilizar en el territorio la red de comunicaciones: “Las vías de comunicación en todas sus formas son uno de los fundamentos de la estructuración de las unidades funcionales o los grandes conjuntos” (Tange, 1970: 5). La organización de la red en una ciudad densificada con edificios en altura y áreas verdes será de tipo tridimensional. La imagen de la ciudad del futuro será la de un enorme *chip* tridimensional, un complejo sistema artificial en el sistema natural.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Chueca Goitia, Fernando.** 1968. *Breve historia del urbanismo*. Madrid: Alianza.
- Davis, Kingsley.** 1967. *La urbanización de la población humana. La ciudad*. Madrid: Alianza Editorial.
- Eliade, Mircea.** 1984. *El mito del eterno retorno. Arquetipos y Repetición*. Barcelona: Editorial Planeta – De Agostini.
- _____. 1984. *Imágenes y Símbolos*. Madrid: Taurus.
- Jung, Carl Gustav.** 1995. *El hombre y sus símbolos*. Buenos Aires: Paidós.
- Lavedan, Pierre.** 1926-1952. *Histoire de l'urbanisme*. 3 vols. París: Henri Launet Editeur.
- Marcuse, Herbert.** 1983. *Eros y Civilización*. Madrid: Ed. Sarpe.
- Tange, Kenzo.** 1970. *Arquitectura y urbanismo 1946-1969*. Udo Kultermann (Comp.). Barcelona: Gustavo Gili.